

REFLEXIONES

EDUCACIÓN Y NUEVOS TIPOS DE FAMILIA

Victoria del Barrio¹

RESUMEN

La familia tiene una estructura y una función. La función consiste en la capacitación de los sujetos que la constituyen, especialmente los jóvenes, para el éxito en su relación con el contexto. La estructura es el número y organización de sus miembros. Cada una de las estructuras posibles produce una facilitación o impedimento del desarrollo de tal función. Repasados los datos de numerosas investigaciones, parece que la estructura de los dos padres biológicos produce estadísticamente mejores resultados que otras estructuras tales como hogares monoparentales, parejas resultantes de nuevos matrimonios, hogares regentados por abuelos, etc.. Sin embargo cualquier estructura familiar puede llevar a cabo exitosamente su función educativa si es coherente en la aplicación de las normas, apoya a sus miembros y está implicada en la labor de la crianza de los hijos.

ABSTRACT

Family role consists of making its members, specially the young ones, successful in coping with the environment. Family structure concerns the number and the organization members. Each possible family structure whether facilitates or hampers the of development such a role. A review of a number of papers suggests that the biparental structure —biological parents— produce better results than other structures such as monoparental families, remarried couples, or homes under grandparents control. Nonetheless, any family structure can carry out successfully its educational role whenever there is coherence in the application of rules, as well as support, and gets involved in children upbringing.

1 Facultad de Psicología, U.N.E.D. Madrid

PALABRAS CLAVE

Divorcio, padrastros, familia, educación

KEY WORDS

Divorce, stepparents (remarriage), upbringing, education

La realidad de la educación y de la familia han de ser considerados como eminentemente históricas y por ello pueden entenderse de muy diversas maneras.

Entiendo por educación, ya se tome en su sentido etimológico (cuidar o extraer) o en sus acepciones ordinarias (formación escolar, crianza o urbanidad), la acción de preparar a una persona para su enfrentamiento exitoso con el mundo, con los otros y consigo mismo, basándose en el conocimiento del pasado y la previsión del futuro.

La acción educativa viene determinada por muy distintos factores. Uno primero y muy importante lo constituyen las condiciones de educabilidad básica del sujeto a educar (temperamento, personalidad, dotes intelectuales, sexo); otro, tan fundamental como el primero, son las circunstancias sociales en las va a ser educado (tipo de sociedad, recursos, valores, familia, clase social). Todos estos factores actúan condicionándose mutuamente en un complejo proceso interactivo. (ver figura 1: pirámide).

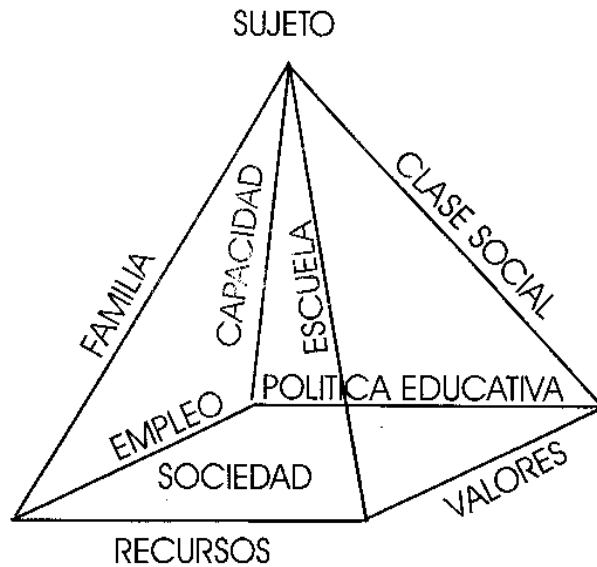
Entre los varios elementos componentes ambientales de la acción educativa destaca de manera especial la familia. Ésta

ejerce su influencia con mayor proximidad, precocidad y globalidad que cualquiera de los demás factores y sobre todo actúa durante el período de mayor plasticidad infantil.

La familia ha sido considerada desde muchos puntos de vista, pero se pueden resumir todos ellos en que es un todo organizado e interdependiente con unas leyes o límites que regulan su equilibrio (Hetherington y Parke, 1993). El papel fundamental de la familia lo han puesto de manifiesto muchos expertos, procedentes de muy distintos marcos teóricos, poniendo de relieve unos u otros aspectos de la misma. La concepción ecológica del desarrollo infantil ha puesto el acento en el papel fundamental que la familia tiene como entorno inmediato y mediador de los demás (Bronfenbrenner, 1979), otros en el papel socializador que ésta representa para el niño (Maccoby y Martin, 1983), la función de modelo (Bandura, 1977), la de reforzador (Costello, 1972) o también como fuerza motivadora (Bolwby, 1958).

Entiendo por familia el nicho ecológico que permite a un sujeto, que nace con una inmadurez biosocial, sobrevivir y alcanzar un comportamiento autónomo.

Figura 1



La familia tiene por tanto una función de protección, crianza y educación que puede ejercer o no de manera adecuada, pero por otra parte esa función se lleva a cabo dentro de una estructura que puede ser muy variada y que ha cambiado notablemente a través de la historia.

La metáfora del “organismo” ha sido usada frecuentemente desde una perspectiva sistémica para comprender la familia y ello puede ayudar a comprender el carácter estructural, funcional y complejo del ente familiar.

LA ESTRUCTURA FAMILIAR

La función de la familia es llevada a cabo bajo la forma de diferentes estructu-

ras. La estructura familiar se refiere al número y organización de los sujetos que viven bajo un mismo techo (Kaslow, 1996). Esta organización, que es jerárquica, la hace funcionar como un todo. Básicamente la estructura clásica se compone de los hijos y sus padres biológicos y miembros de la familia extensa, sin embargo este perfil ha sufrido cambios espectaculares los últimos tiempos.

Su transformación constituye un proceso largo que comienza a finales del siglo XVIII y que cristaliza en el XX. Las familias previas a este tiempo tenían una constitución más fluida y gremial. La educación familiar propiamente dicha se concluía a los seis años y a partir de ahí el niño se convertía en un aprendiz al servicio de su

maestro. La única excepción la constituían los hijos de los nobles y de los ricos que formaban una minoría. Sin embargo el racionalismo, la ciencia y la burguesía creciente han ido transformando del XVIII hasta aquí las estructuras familiares hasta convertirlas en lo que hoy conocemos.

El cambio social más importante de este último siglo es, sin lugar a dudas, el experimentado por el rol de la mujer, lo que se puede remontar, aunque no sin precedentes, especialmente a la terminación de la segunda guerra mundial. Los factores que han coadyuvado a este cambio son: la educación igualitaria, la llegada de la tecnología al hogar, el descenso de la mortalidad infantil y el control de la natalidad.

La mujer ha dejado de ser un elemento del grupo familiar absolutamente dependiente del varón para alcanzar unas cotas crecientes de autonomía. Ello ha llevado consigo el resquebrajamiento de la estructura familiar clásica y ha dado lugar a la aparición de otras nuevas. Las estructuras resultantes se caracterizan por:

- a) el descenso del número de hijos
- b) la cohabitación bajo un mismo techo sólo de la familia nuclear
- c) la aparición de familias monoparentales
- d) la aparición de familias cuyos padres tienen hijos que no son de sus conyuges
- e) el incremento de las familias adoptivas
- f) el incremento de las familias de alquiler u hospedaje
- g) la aparición de parejas homosexuales con hijos.

La novedad de esta situación es mayor en unas sociedades que en otras. Es evidente que en los Estados Unidos hay mayor población que ha pasado por estas situaciones, y su investigación y experiencia en este campo son muy copiosas.

Hay una gran cantidad de estudios que se han planteado cómo los cambios estructurales de la familia actual han influido en la educación y la adaptabilidad de los niños de nuestro tiempo. De todas ellas la estructura más estudiada ha sido la procedente del divorcio, puesto que es la más frecuente.

En EE.UU. la tasa de divorcio ha empezado en estos momentos a descender. En los años sesenta se estimaba en un 60% y en estos momentos se encuentra en el 40 o 50%. La frecuencia de personas divorciadas vueltas a casar con personas sin hijos o con sujetos que a su vez tienen hijos es menor, aunque en EE.UU. alcanza al 80% de las personas divorciadas (Heterington et al., 1989); los datos en estos casos son mucho más escasos y todavía son menos los referidos a las de parejas constituidas por personas del mismo sexo. Las familias de madre soltera son muy minoritarias, a pesar del incremento del embarazo fuera del matrimonio (uno de cada tres), se estima que sólo uno de cada cinco niños nacidos de madre soltera permanece toda su vida en un hogar monoparental. Se estima también que las desavenencias matrimoniales importantes en familias intactas ascienden a un 20% (Cummings y Davies, 1994).

En España el divorcio representa el 10% o el 15%, según distintas fuentes; los hogares monoparentales alcanzan del 2% al

9%, las madres solteras al 12% y las viudas con hijos en edad educable el 5%. Nos movemos evidentemente en cifras sensiblemente menores a las de Estados Unidos, pero el movimiento en esa dirección es palpable. Por tanto los problemas que han sido estudiados, en otras sociedades deben alertarnos y sensibilizarnos hacia ellos.

LA FUNCIÓN FAMILIAR

En cualquiera de las estructuras vistas anteriormente se produce la acción educativa de una familia. La función familiar de crianza, educación y protección de los hijos tiene una misión básica, indudablemente etológica, y que en el caso de los hombres posee unas características complejas, acordes con la vida humana.

Los estudiosos de esta función (Baumrind, 1971; Olson et al., 1982, etc.) han llegado a establecer unos elementos básicos en los que se puede fundar la acción de la crianza que en distintos autores reciben diferentes nombres, pero que todos ellos se podrían clasificar como: afecto, legislación y comunicación.

El afecto engloba a las relaciones de cariño y afectividad que normalmente aparecen entre los miembros de la familia. Esta comunicación afectiva tiene especial relevancia en los primeros años (0-3). Se ha llamado apego a esa especial relación sentimental madre-hijo y su función socializadora está más que probada. La legislación consiste en las normas que regulan las relaciones de los miembros de una familia, mediante las cuales cada individuo puede ordenar su propia conducta y sabe a que atenerse respecto de la conducta de los

otros. La comunicación es el elemento que facilita tanto la instalación de la conducta afectiva como la legislativa y se convierte en el nexo de los individuos que componen el grupo familiar, es su sistema circulatorio.

Olson estableció combinaciones plurales de estos elementos familiares. La combinación óptima para crianza y educación de los hijos es una comunicación fluida con unas normas flexibles dentro de una relación de afectividad. Por el contrario la combinación más negativa es una mala comunicación con normas rígidas y afectividad ausente.

Por tanto el fallo, por exceso o por defecto, de cualquiera de estos factores básicos puede producir distorsiones en el comportamiento del grupo y fundamentalmente en los niños.

Los indicadores de que algo va mal en el proceso de educación y socialización de un niño son la aparición de conductas desadaptadas tales como problemas de conducta o problemas de personalidad. El funcionamiento familiar, junto con experiencias estresantes y la ineficacia, es uno de los mejores predictores de la aparición de problemas infantiles tales como suicidio, encuentros con la ley, uso de drogas, problemas escolares, problemas de rendimiento y salud mental (Achenbach et al., 1995).

Aunque no hay una especificidad clara de los factores de riesgo, se apunta a que los problemas de conducta se producen más bien en el seno de aquellas familias cuyo funcionamiento adolece de falta de normas y control familiar así como también en aquellas donde, por el contrario, se

impone una dureza de normas con utilización de castigos. Los problemas de personalidad suelen aparecer con más probabilidad en aquellas familias donde los canales de comunicación afectiva son inexistentes o inadecuados.

El control y el apoyo paterno son por tanto los elementos que aparecen constantemente relacionados positiva o negativamente con la problemática infantil (Stice y Barrera, 1995), las familias más estructuradas tienen hijos con más altos niveles de motivación y mejor *locus of control* (Fontaine, 1994) lo que facilita enormemente su adecuada educación.

La cohesión fomenta la adaptación social (Menuchin, 1974; Olson, 1979), y se muestra como uno de los elementos protectores más eficaces para amortiguar los efectos negativos del ambiente sobre los hijos (Weist y Freedman, 1995). Las conductas infantiles que se asocian a falta de cohesión familiar son fundamentalmente los problemas afectivos, el uso de drogas y el descenso del rendimiento escolar (Bahr et al., 1995). Una revisión de los estudios sobre la familia puede encontrarse en Musitu y Allatt (1994).

MODULADORES DE LOS ESTILOS DE CRIANZA

Según Belsky (1990) las diferencias en los estilos de crianza o educación de los hijos son las que pueden llegar a explicar las diferencias de logros educativos. Los elementos implicados en las dificultades en la crianza se pueden agrupar en: a) características personales de los

padres; b) características personales del niño; c) influencias sociocontextuales.

a) Las características paternas ligadas a la problemática infantil están perfectamente apuntadas en numerosas investigaciones. Las más relevantes son las patologías paternas tales como enfermedad mental, alcoholismo, delincuencia, etc. (Rutter, 1994). Pero también aparecen como relevantes el grado de extroversión, sociabilidad, neuroticismo, estrés, calidad de las relaciones maritales (Woodwoth et al., 1996) entre otras. Todo ello interviene afectando al buen funcionamiento familiar y a la educación que los hijos reciben.

Pero existe también otro conjunto de características de tipo psicosocial que juega un importante papel, por ejemplo, el nivel de educación paterna y el grado de implicación de los padres en la tarea de la crianza (Chen et al., 1996), el tiempo que se dedica a los hijos (Downey, 1995), incluso la religiosidad de los padres (Brody, 1996), naturalmente son esenciales sus relaciones con ellos (Emery et al., 1992) y la autoeficacia que ambos, padres e hijos, tienen para enfrentarse con los problemas a resolver (Bandura et al., 1996). El excesivo criticismo, la hostilidad, la rigidez, la inconsistencia de las normas, las expectativas inadecuadas y el desinterés de los padres se han señalado una y otra vez como conductas paternas que implican riesgo para los niños.

Es evidente que las características paternas no son suficientes para producir la aparición de perturbaciones infantiles, sino que tienen que actuar en un sujeto que presente de por sí una cierta vulnerabilidad, la

cual, a su vez, interacciona selectivamente con los estilos de crianza de los padres. La bidireccionalidad de la relación padres/hijos es una realidad patente para la mayor parte de los expertos actuales.

b) Las características de los hijos juegan por tanto su papel. Elementos tales como temperamento y sexo han resultado ser los más relevantes en explicar las dificultades de crianza que encuentran los padres. Los niños de temperamento difícil producen en sus padres un incremento de la inseguridad y una dificultad de control que suele conducir al endurecimiento de las reglas y a la ruptura de las relaciones de afecto. En prácticamente todas las investigaciones sobre el tema se perfila que las hijas generan una mayor facilitación del proceso educativo que los hijos (Updegraff et al., 1996).

Existen otros factores: por ejemplo, la actitud de oposición infantil afecta a los padres negativamente y repercute en la adaptación personal y escolar de los hijos (Johnston, 1996). Características de personalidad en los hijos tales como conformidad, apertura y neuroticismo modifican los tipos de crianza, bajas puntuaciones en los dos primeros producen falta de implicación paterna; las altas puntuaciones en neuroticismo están ligadas a pautas de educación no directivas; en los hogares en donde hay una equilibrada autoridad paterna existe significativamente un menor consumo de drogas y puntuaciones académicas más altas; las consecuencias de la falta de autoridad, constatadas en numerosas investigaciones, son más negativas para los hijos varones que para las hijas (Weiss y Schwarz, 1996).

Los varones incrementan las dificultades de control y supervisión paterna y ello incrementa la probabilidad de aparición de conductas desadaptadas. Las chicas por el contrario tienen una actitud más colaboradora y la sociedad ayuda en el control de su conducta lo que produce beneficios a la hora de la tarea educativa.

c) Los elementos socioambientales, entre los que se cuentan: la clase social, el nivel de educación paterno, y sobre todo el materno, el nivel económico, el número de hijos, el apoyo social, satisfacción con el trabajo, tipo de vecindario y la estructura familiar. Una buena revisión de los múltiples factores que están implicados en el conjunto familiar puede encontrarse en Cox y Paley (1997).

ESTRUCTURA FAMILIAR Y RESULTADOS EDUCATIVOS

Existe un número aplastante de investigaciones sobre cómo determinadas estructuras familiares pueden estar afectando a los estilos de crianza, y por tanto al proceso educativo y adaptativo de los niños. En el análisis de los datos vamos a atendernos a los resultados de los últimos años, porque recientemente ha cambiado el contexto social y el significado de las distintas estructuras familiares y la calidad de la investigación sobre el tema.

Durante un tiempo se había pensado que los hogares monoparentales y los de parejas de segundas nupcias representaban un riesgo para la adaptación de la conducta infantil, fundamentalmente en lo que se refiere a equilibrio emocional, problemas de conducta y rendimiento escolar. Sin

embargo las revisiones más recientes apuntan a que no es simplemente la estructura familiar la que influye en la conducta infantil, sino algunos elementos que se dan en ella y tienden a facilitar o entorpecer las tareas de la crianza (Dornbusch et al, 1987).

La variación de los datos en los últimos tiempos se debe a varios factores:

- a) los primeros trabajos se realizaban en muestras pequeñas y, con frecuencia, sesgadas
- b) los datos eran tomados de historias y no de la población directamente
- c) las situaciones de estructura familiar no clásica han llegado a ser más y más frecuentes
- d) se ha llegado a reconocer que las mismas estructuras no quieren decir las mismas cosas en diferentes culturas
- e) la investigación antigua tomaba en cuenta casi solo el papel de la madre.

La investigación actual tiende a tener en cuenta y mejorar todos estos aspectos y a estudiar pormenorizadamente esos elementos que en las distintas estructuras familiares están mediatizando los resultados de adaptación positiva o negativa de los hijos.

Divorcio

Una de las estructuras familiares sobre las que se ha llevado a cabo una investigación más copiosa es la resultante de un proceso de divorcio, existen numerosos trabajos sobre el tema. Una buena reco-

pilación de los primeros puede encontrarse en Emery (1988).

Las consecuencias de la separación paterna para los niños llegan a ser las de un hogar monoparental o un hogar con padrastro en función de lo que ocurra en la etapa postdivorcio, sobre todo teniendo en cuenta que un 80% de los sujetos que se separan se vuelven a casar. Las consecuencias de un divorcio se han estudiado fundamentalmente en el período postdivorcio, por tanto lo que aquí se va a exponer son las investigaciones referentes al divorcio como acontecimiento concreto y estresante.

Por lo que respecta a la estabilidad del niño en relación con un episodio de divorcio, parece ser que después de un primer período de ajuste, en el que se pueden dar conductas desadaptativas (ansiedad, depresión y problemas de conducta con una duración aproximada de un año) se produce una normalización (Heterington et al., 1979, 1989), siempre que el divorcio y postdivorcio no haya acarreado un cúmulo de experiencias fuertemente negativas para el niño. Los estudios de meta-análisis de los trabajos sobre este tema muestran que los niños que sí están afectados por el divorcio, presentan descenso del rendimiento académico, problemas de conducta, problemas de autoestima, introversión social y peor ajuste matrimonial y más bajo nivel socioeconómico en la edad adulta (Amato y Booth, 1991).

Parece que el estrés al que habitualmente suele estar sometido el progenitor custodio, que suele ser la madre, es una de las explicaciones para la aparición de este tipo de problemas en el primer período

(Hetherington, 1992). Es evidente que también juegan su papel otros factores como la imagen de madurez ante la adversidad que la pareja da a sus hijos, la calidad de la relación entre los hermanos que componen la familia, el tipo de apoyo familiar y social que rodea la situación de divorcio. También es claro que se produce una remodelación de la dinámica del grupo familiar en la que habitualmente el progenitor custodio se vuelve más controlador y autoritario, mientras que el no custodio, relaja las normas y suple la ausencia con prebendas y concesiones que normalmente entran en conflicto con las normativas del padre custodio. Por otra parte como el no custodio suele ser el padre, cuya situación económica es más alta que la de la madre, se dan también situaciones de gratificación material más allá de lo que a la madre custodia le parece justo o equilibrado. La disparidad de opinión en estos temas es uno de los motivos de fricción más habitual en las parejas separadas.

Hoy parece bastante claro que la reacción del niño depende de cómo transcurre el divorcio y la etapa posterior. La actitud de los padres, como es lógico juega en este caso un papel fundamental.

En una investigación reciente sobre niños españoles, el divorcio se ha perfilado como un factor de riesgo de patologías infantiles (Bragado, en prensa). Sin embargo el divorcio paterno no parece afectar gravemente a los niños españoles si las relaciones entre los padres son buenas, por el contrario si las relaciones son malas o los niños están en la franja de edad entre 7-9 años, los niños tienden a elevar la sintomatología de depresión y ansiedad (Pons y del Barrio, 1993, 1995).

También en muestras españolas, se ha encontrado que los hijos de familias separadas perciben a los padres custodios más positivamente que al no custodio, presentan una mayor discrepancia en la percepción de sus padres que los procedentes de familias intactas, y también la proximidad y percepción positiva del padre o madre custodio es mayor que la del ausente, y la frecuencia del contacto con éste no correlaciona sin más con el bienestar del niño, lo que apunta a una mayor influencia y posesión del padre custodio (Ramírez et al., 1994; Pons y del Barrio, 1992).

Simons et al. (1994) investigan la calidad de los tipos de crianza de los padres en la etapa postdivorcio, y llega a la conclusión de que los problemas de conducta en los hijos repercuten en el tipo crianza que utiliza la madre, tanto para hijos como para hijas, y además disminuye la implicación del padre en el caso de hijos varones; la calidad de las normas educativas de la madre correlacionan negativamente con los problemas de conducta de los hijos varones; los conflictos entre los miembros de la pareja correlacionan positivamente con los problemas de personalidad de hijos e hijas.

Hay moduladores que influyen en la cantidad y calidad de las alteraciones que suelen aparecer en los hijos a consecuencia del divorcio. El sexo es uno de ellos. Parece que los varones tienden a presentar preferentemente como consecuencia del divorcio trastornos de conducta, mientras que las niñas suelen desarrollar una depresión (Hodges et al., 1984).

Parece que la relación entre los hijos y los padres divorciados tiene una gran

diversidad en función de las situaciones concretas en las que se producen. Los padres no custodios tienen relaciones peores con sus hijos que las madres no custodias; la boda del padre custodio empeora las relaciones con la madre biológica; por el contrario la boda de la madre custodia tiene poca repercusión en las relaciones de los hijos con los padres biológicos (Aquilino, 1990). Algunos estudios subrayan que el período de convivencia de padres e hijos se acorta en las familias divorciadas (Aquilino, 1994) y esto incrementa los factores de riesgo que están unidos a un abandono precoz del hogar.

El menor rendimiento académico de los hijos de familias separadas se ha relacionado con las expectativas de los padres divorciados, que parecen ser más bajas, y esto influye también en el descenso del rendimiento académico comparado con el de los niños que se educan en familias intactas (Cherian, 1994), y también con el tiempo que los padres dedican a supervisar las tareas escolares (Peng y Wright, 1994).

Como hemos visto, la explicación a la aparición de trastornos en los hijos de parejas divorciadas se ha relacionado con la ausencia del padre no custodio, las malas relaciones paternas, el descenso del nivel económico y los cambios de escuela, domicilio y ciudad, que pueden ser estresantes para los niños (Amato, 1993). Para clarificar estas hipótesis, este mismo autor lleva a cabo un meta-análisis de la literatura sobre el tema y analiza qué hipótesis son más o menos compartidas por los distintos expertos sobre las variables de: apoyo, ajuste paterno, conflicto entre esposos, situación económica y estrés.

Respecto de la hipótesis de que la *falta de apoyo* es la causante de las alteraciones postdivorcio se extraen las siguientes consecuencias: a) no hay acuerdo sobre si el contacto con el padre no custodio mejora la situación; b) hay más posibilidades de ajuste si un adulto toma el papel del padre ausente; c) el matrimonio del divorciado no parece mejorar la situación; d) no hay acuerdo sobre si el impacto que produce el divorcio es mayor o menor en distintos períodos de edad; e) la muerte paterna tiene menos consecuencias negativas que el divorcio.

Respecto del *ajuste paterno* parece claro que los distintos trabajos confluyen en mantener: a) las alteraciones psíquicas de cualquier miembro de la pareja aumenta la probabilidad del divorcio; b) las alteraciones en el padre custodio afectan a los hijos; c) las relaciones entre los padres y los hijos empeoran; d) no hay acuerdo en reducir las alteraciones de los hijos a las malas relaciones padres-hijos y a la situación emocional de los padres; e) la situación de los niños mejora con el paso del tiempo, pero hay disensión en cuanto a lo que sucede al adulto procedente de hogares divorciados.

En relación con los *conflictos* entre los miembros de la pareja, los resultados apoyan las siguientes tesis: a) las malas relaciones matrimoniales producen conflictos en los hijos tanto en familias intactas como en las divorciadas; b) los niños de parejas divorciadas comienzan a presentar problemas antes del divorcio; c) el bienestar de los niños está inversamente relacionado con el nivel de conflicto paterno postdivorcio; d) no existe acuerdo con que el estado de los niños mejore con el paso del tiempo. Los

estudios longitudinales apoyan esta tesis y los transversales no.

En relación con la *situación económica* se perfilan las siguientes hipótesis: a) no hay acuerdo en que el descenso de la situación económica esté relacionada con la aparición de problemas en los hijos; b) no es posible determinar si controlando el nivel económico desaparecen las diferencias en la tasa de problemas en los hijos, por las diferentes maneras de determinar la situación socioeconómica en los diferentes estudios; d) aunque los padres tienen una situación económica mejor que las madres, los niños cuya custodia es de la madre presentan una situación psíquica igual que a la de los que custodia el padre, si bien los hijos parecen estar mejor con custodia paterna y las hijas con la materna; c) el matrimonio de la madre divorciada beneficia a los hijos varones, pero no a las hijas.

En relación con los *acontecimientos vitales* (AV) estresantes derivados del divorcio parece que: a) el número de AV negativos correlaciona negativamente con el bienestar psicosocial de los hijos, sobre todo los relacionados con cambios de residencia; b) no hay acuerdo con las consecuencias de los matrimonios postdivorcio, las diferencias parecen ligarse al sexo de los hijos en relación con el del padrastro; c) no hay acuerdo sobre el impacto del número de divorcios experimentado por los hijos.

Muchos expertos han investigado, si, desde el punto de vista de los hijos, la separación paterna supone una ventaja respecto de las parejas conflictivas. Se ha contestado a esta pregunta de muchas maneras diferentes. En los últimos tiempos parece

que se perfila con bastante claridad que depende de la calidad de las relaciones matrimoniales postdivorcio, si estas mejoran la separación supone una solución, si se mantienen malas o empeoran, no (Cumings y Davies, 1994).

Hogar monoparental

Las familias de un sólo padre, pueden ser resultado del divorcio, abandono, muerte o maternidad sin padre. Se estima que el 90% de los hogares monoparentales están al cargo de una mujer (Moreno, 1995). Es clásico considerar que este tipo de hogares tienden a incrementar la aparición de problemas de conducta, la delincuencia, adelantamiento de la edad de abandono de hogar, aparición mayor tasa de embarazo adolescente, mayor probabilidad de matrimonio precoz, descenso del rendimiento académico y menor nivel de titulación académica (Thomas et al. 1996); aunque algunos tienden a considerar estos datos como distorsiones socioculturales que provocan una interpretación sesgada de la conducta de los niños que pertenecen a este tipo de familias y teñida por la percepción negativa que la sociedad tiene de ellas (Moreno, 1995).

En una muestra de niños españoles se ha encontrado efectivamente un mayor nivel de problemas de conducta infantiles, medidos con el CBCL (Achenbach y Edelbrock, 1978) en los hogares monoparentales (Roa y del Barrio, 1998).

Si se buscan explicaciones para la mayor disfunción en las familias de padre único, se pueden encontrar muchas hipótesis. Hay una corriente explicativa que

pone el énfasis en que todas las dificultades relacionadas con la educación de los hijos en los hogares monoparentales se basa en la situación de descenso económico típico de estos hogares (McLanahan y Sandefour, 1994).

Algunos sugieren que es la situación económica en combinación con otros factores. Por ejemplo se ha mostrado que, cuando el niño llega a adulto, no existen diferencias entre sujetos provenientes de hogares monoparentales, si se controla el nivel económico, la dedicación y las aspiraciones paternas (Acock y Kiecolt, 1989; Watts y Watts, 1991). También se ha constatado que con el paso del tiempo mejora la situación económica de la madre (Gringlas y Weinraub, 1995) y en ello se ha fundado la suavización paulatina de los problemas de los hijos. Otros señalan que las diferencias desaparecen cuando se controla la situación socioeconómica y la raza (Finn y Owings, 1994). Hay un interesante trabajo que estudia el descenso del rendimiento escolar en los hogares monoparentales cuando los rige el padre o madre; se ha encontrado que, en ambos casos, hay descensos de rendimiento, pero en el caso de los regentados por mujeres las causas se centran en la falta de recursos, y en el de los hombres en las escasas relaciones interpersonales (Downey, 1995).

Las circunstancias en las que se produce el hogar monoparental, edad de la madre, período de tiempo en soledad, situación económica y nivel educativo, parecen modular fuertemente las consecuencias (Le Bourdais et al., 1990). Por ejemplo, las madres solteras que no se vuelven a casar, pero que tienen un buen apoyo económico,

tienen mejores resultados educativos con sus hijos que las que están en la pobreza (Sandford y Hill, 1996).

Sin embargo, la tesis de la situación económica como elemento fundamental de la explicación de los problemas infantiles de hogares monoparentales entra en conflicto con los estudios que se han llevado a cabo en familias monoparentales en las que la figura masculina ha desaparecido por muerte. En ellas el nivel económico es bajo, pero no se da la misma proporción de problemas que en los hogares monoparentales cuyo origen no se debe a la muerte sino a otros motivos tales como soltería, abandono, divorcio, etc. (Greenberg y Nay, 1982).

Existen trabajos que se han planteado analizar pormenorizadamente este problema, y sugieren que, si se controlan las variables psicosociales intervinientes, la situación desventajosa de los hijos de los hogares monoparentales mejora, pero no desaparece (Mulkey et al, 1992).

Sin embargo otras muchas investigaciones señalan otras cuestiones concretas además del problema del descenso económico. Algunos autores sugieren que la menor asistencia a la escuela de los niños pertenecientes a familias de padres únicos podría ser uno de los mejores predictores de problemas de funcionamiento en estas familias (Bernstein y Borchardt, 1996). También se ha relacionado con la menor energía o mayor desgaste que los padres de este tipo de familia tienen con sus hijos, puesto que esto parece ser independiente de la situación económica en la que se está (Sandefur, 1992).

No parece por el contrario relacionarse con el tiempo dedicado a los hijos, porque éste es mayor tanto en el caso de padres como de madres solas (Kooksey y Fondell, 1996). Los llamados "niños de la llave" son los que pasan mayor número de horas solos, con lo que ello implica de falta de supervisión, cuidados y establecimiento de lazos afectivos, pero éstos se dan en parecida proporción en los hogares monoparentales y los intactos con padres de jornadas laborales dilatadas.

Otros investigadores hacen hincapié en la edad de los hijos: cuanto mayores, más riesgos supone el hogar monoparental (Bahr et al., 1995). En un estudio donde se han equiparado las muestras por edad, sexo, grado escolar y habilidades básicas, los hijos de hogares monoparentales presentan un mayor nivel de novillos y conflictividad escolar que los procedentes de familias intactas (Sommer y Nagel, 1991).

De todas maneras parece haber otros factores intervinientes como, por ejemplo, muestra la investigación de Thomson et al. (1992), donde aparece que los padres que educan en solitario a sus hijos tienen unas reglas menos estrictas que las familias con dos padres. Se señala además que el origen de estos problemas podría ser que las mujeres solas tienen más dificultades en hacer cumplir normas e imponer disciplina, cosa que no suele ocurrir en hogares de hombres solos, aunque los hogares monoparentales son mayoritariamente femeninos. También hay quien relaciona la aparición de problemas en los niños con los mayores niveles de estrés que debe soportar una mujer que afronta sola la educación de sus hijos (Gringlas y Weinraub, 1995).

El abandono precoz de hogar, claramente ligado con hogares monoparentales y hogares con padrastros (Aquilino, 1994, 1996), tiende a incrementar la problemática de la conducta juvenil. Se relaciona esta conducta con que, en este tipo de estructuras familiares, las relaciones son más tensas y las ventajas de la permanencia mínimas.

Por el contrario, la dilatación del período de convivencia inhibe la aparición de este tipo de conductas desadaptadas (White y Rogers, 1997), sobre todo el uso de drogas, el rendimiento, el embarazo en la adolescencia y los encuentros con la ley (Haurin, 1992). Sin embargo se ha comprobado que la convivencia dilatada con los padres tiende a beneficiar más a los blancos que a los negros y los hispanos (Haurin, 1992).

Hay también factores que se modulan culturalmente, por ejemplo parece que las madres solteras negras tienen unos resultados educativos de sus hijos mejores que las madres solteras blancas, lo que podría deberse a que el apoyo familiar es más fuerte en las primeras (Wilson, 1987), sin embargo la delincuencia parece estar fuertemente relacionada en todas las culturas y situaciones sociales con ausencia del padre, sobre todo en los hijos varones (Thomas et al., 1996).

Los estudios que se han llevado a cabo sobre hogares monoparentales con figura masculina son muy pocos por lo poco habitual de esta situación, pero últimamente crece tanto el número como los estudios sobre ellos. Es frecuente encontrar datos que apoyan la tesis de que un padre varón produce una mejor situación para los hijos,

sobre todo cuando éstos son varones (Parke, 1990).

Familias con padrastros o madrastras

A pesar de que la situación de un nuevo matrimonio supone beneficios innegables tales como un nuevo proyecto ilusionante, mejor posición económica y mayor apoyo en las tareas de la crianza, la situación de familias con padrastros parece ser difícil y entrañar dificultades, tanto para los niños como para los padres, superiores a las de los padres biológicos (Furstenberg, 1987).

Síntoma de ello es que las tasas de separación son más altas en las parejas que se han vuelto a casar tras un divorcio (White y Booth, 1985). Sin embargo hay algunos estudios que discrepan, por ejemplo, Martin y Bumpass (1989) sostienen que las mujeres que se vuelven a casar tienen menos probabilidad de divorcio que las que se casan por primera vez, y en la misma dirección apuntan los datos de MacDonald y DeMaris (1995), que encuentran que no hay diferencia en conflictos matrimoniales entre los que se vuelven a casar una vez y los que lo hacen dos veces.

Otra cosa es la adaptación de los hijos. Numerosos estudios mantienen que las tasas de problemática de los hijos de parejas vueltas a casar tras un divorcio son altas comparadas con las de las familias de dos padres biológicos (White y Booth, 1985; Hetherington, et al., 1989), pero no falta quienes lo ponen en duda (Furstenberg y Spanier, 1989).

Es evidente que los cambios que supone la nueva situación de matrimonio

pueden ser estresantes, puesto que suponen una reestructuración de la organización jerárquica de la familia donde la autoridad se convierte en un arma de doble filo de muy difícil manejo.

Cherlin en 1978 estudió la situación de familias con hijastros y encontró que había en ellas: a) mayor número de conflictos maritales, b) mayor tasa de conflictos en los hijos y c) mayor tasa de conflictos entre los matrimonios que habían tenido varias relaciones matrimoniales previas, si hay hijos.

Si se atiende a qué tipo de alteraciones son más frecuentes en los hijos, parece ser que obtienen menores calificaciones académicas, menor nivel de titulaciones académicas, y más precoz abandono de hogar (Thomson et al., 1992).

Diversas investigaciones muestran los distintos tipos de factores que pueden estar implicados, y de una manera compleja, en la aparición de tales problemas. Los padrastros parecen tener menos actividades gratificantes con los hijos, así como los varones que cohabitan sin casarse con mujeres que tienen hijos (Thomson et al. 1992). El "rematrimonio" parece afectar también a la cantidad de tiempo que se dedica a los hijos, que habitualmente es menor, aunque curiosamente la cantidad de tiempo que un padre biológico dedica a los hijos con madrastra es mayor al dedicado por los padres biológicos que conviven con la madre biológica (Cooksey y Fondell, 1996). Es como si en el hombre descendiese la responsabilidad de crianza si ésta es compartida con la madre de sus hijos, y la incrementase cuando tiene la custodia.

Se produce además una distinta situación en función del tiempo que dura el "rematrimonio" y si hay o no hijos biológicos de la nueva pareja. Parece ser que los "rematrimonios" que tienen sólo hijastros generan menos conflictos que los que tienen sólo hijos biológicos de la nueva pareja, pero esto ocurre sólo en un primer período (1 año), más adelante (6 años) los conflictos crecen para aquellos que sólo tienen hijastros, pero no para los que tienen hijos como nueva pareja. Los "rematrimonios" que tienen hijos biológicos e hijastros se comportan de la misma manera que los que tienen sólo hijos biológicos (MacDonald y DeMaris, 1995).

Hay también algunas diferencias encontradas en relación con el sexo de los padrastros. Los padrastros varones tienen mayor probabilidad de asumir sus tareas paternas que las madrastras, sobre todo si éstas tienen hijos biológicos (Kooksey y Fondell, 1996; Furstenberg, 1987).

Otros estudios apuntan como desencadenante de la aparición de problemas, la inseguridad que padrastros e hijastros tienen en su relación mutua, de tal manera que pueden llegar a verse como extraños (Becr, 1988) e incluso como intrusos.

La presencia de padrastro parece ser más negativa en las familias de raza negra que en las de los blancos (Haurin, 1992), probablemente debido a la aceptación cultural diferencial de los hijos de otro y al apoyo que la figura masculina presta en cada una de esas dos culturas que, como todos los estudios muestran, suele ser menor en contextos de cultura negra.

El sexo de los hijos parece jugar un importante papel en el mayor o menor éxito de la educación llevada a cabo en los hogares con padres no biológicos. Por una parte parece que el rendimiento académico desciende en hijos varones educados por un padre y una madrastra, pero no para los que son educados por su madre y un padrastro; sin embargo las hijas empeoran en presencia de un padrastro en otros aspectos. Todo ello se ve mejorado o empeorado por la cantidad de tiempo que los padres dedican a preocuparse por la marcha en la escuela; en todas esas circunstancias los padres que dedican más tiempo a vigilar las tareas de los hijos y tienen un contacto continuado con la escuela obtienen mejores resultados en sus hijos (Finn y Owings, 1994). Los datos, procedentes de numerosas investigaciones, parecen apuntar a que las niñas no se benefician del matrimonio de su madre divorciada, sino que esto parece empeorar la situación, mientras que para los hijos varones sí supone una mejora (Heterington et al., 1985, 1989; Allison y Furstenberg, 1989).

Como hemos visto, hay muchos elementos socioculturales que modulan la situación de parejas vueltas a casar: el número, edad y sexo de los hijos, de qué miembro de la pareja son esos hijos, si la nueva pareja tiene o no hijos biológicos, cuál es el contexto sociocultural de la nueva familia, etc.. La complicada variación y combinación de estos elementos son los que pueden explicar algunos de los resultados divergentes de distintas investigaciones.

Familias con abuelos

Esta situación familiar puede ser muy plural. Los abuelos pueden ser un

apoyo externo, pueden convivir con la familia nuclear o pueden ser los únicos responsables de la educación de sus nietos. Y además todas estas circunstancias pueden protagonizarlas uno de los abuelos o ambos.

El apoyo de los abuelos ha mostrado ser enormemente positivo cuando se presta a la madre en el período inmediatamente posterior al nacimiento, pero negativa si se trata de una cohabitación permanente o una crianza exclusivamente en manos de los abuelos. (Aquilino, 1996).

Los datos, procedentes de investigaciones sobre los niños que viven con sus abuelos y sin sus padres, muestran que con mucha frecuencia se producen en estos hogares problemas de supervisión, de disciplina y de descenso en el rendimiento escolar, aunque no tan acusados como los de hogares monoparentales (Solomon y Marx, 1995), y naturalmente estos problemas se multiplican si el contexto sociocultural es precario y si hay un solo abuelo al frente del hogar.

Familias con pareja del mismo sexo

Aunque hay una copiosa investigación sobre este tema, la mayor parte de las veces está focalizada en la adaptación personal y social de los hombres homosexuales o mujeres lesbianas. En EE. UU. se estima que 6 millones de niños viven con un padre o una madre lesbiana u homosexual, pero son cifras de difícil determinación (Allen et al., 1995) ya que no todos los homosexuales aceptan y viven abiertamente su situación. Un tercio de los sujetos homosexuales están casados heterosexualmente, por tanto educan a sus hijos dentro de una

cultura heterosexual y ocultan su condición, incluso a sus propios hijos (Lyons, 1983).

Otra cuestión son las parejas reconocidamente homosexuales. La frecuencia con que estas parejas crían hijos es relativamente baja, porque no se les suelen dar en adopción ni en custodia, aunque recientemente las técnicas de reproducción asistida han generado una incipiente modificación de la situación.

Parece que la mayor parte de las parejas lesbianas o homosexuales con hijos tienen una "bicultura", heterosexual en lo que se refiere a los hijos y homosexual en lo que se refiere a la pareja y amigos (Brown, 1989).

Se ha pensado y temido que los hijos de este tipo de padres podrían presentar problemas en: dificultades de identidad sexual, problemas de salud mental, interacción social y también que pudiesen ser víctimas de abusos sexuales por sus padres o por los compañeros de estos. Sin embargo todos los estudios que se han llevado a cabo, comparando estos niños con los educados por sus dos padres biológicos y heterosexuales en los últimos 15 años, no han encontrado diferencias entre ambos grupos en ninguno de los problemas expuestos (Kikpatrick et al., 1981; Rafkin, 1990; Patterson, 1992). Un sólo trabajo ha detectado problemas de identificación sexual (Miller, 1979) y otro de relaciones sociales referidos a contacto con el padre biológico, que es mayor en los matrimonios separados con madre lesbiana que en el caso de matrimonios separados heterosexuales (Golombok et al., 1983). Este último autor sugiere que la investigación sobre este tema sólo estará

perfectamente concluida cuando se hagan estudios y se puedan manejar datos de la adaptación matrimonial y social de los hijos de parejas homosexuales en su período adulto, y se podría añadir también que cuando la situación se haga más habitual en la sociedad, puesto que hoy por hoy resultan ser un grupo muy minoritario en donde las características individuales resultan más relevantes.

Niños institucionalizados

Los niños institucionalizados tienen, estadísticamente hablando, más probabilidad de desarrollar conductas desadaptadas, puesto que el contexto en el que viven no tiene las características adecuadas para la educación intelectual, social y sobre todo sentimental de un niño. Recientemente, y en población española, se han detectado en niños institucionalizados mayores tasas de ansiedad, temor, desadaptación social e hiperactividad en edad escolar, más agresividad y hostilidad en edad preescolar y más problemas psicósomáticos en la adolescencia (Palacios et al., 1996).

Estos niños tienen como solución la adopción o la colocación en hogares eventuales.

En líneas generales los niños en adopción que no presentan problemas básicos y que son adoptados precozmente se desarrollan igual que los de padres biológicos, aunque intelectual y temperamentalmente su conducta es más próxima a la de su familia de origen que a la de los adoptivos. Se considera que si la adopción se produce antes de los tres años, los niños se

adaptan mejor y más deprisa a su nuevo hogar, puesto que no recuerdan la situación previa (Borgman, 1982). Sin embargo los niños adoptados en edades tardías presentan más problemas de todo orden (Palacios et al., 1996; Lipman et al., 1992).

El porcentaje de niños con problemas previos en este colectivo es más alto, dadas las condiciones que suelen preceder a un abandono y posterior adopción, tales como problemas de embarazo, salud, estrés, etc.. El mismo estudio de Palacios y colaboradores (1996) muestra que el 41% de los niños adoptados tienen algún tipo de minusvalía o deficiencia. Las alteraciones que presentan son variadas, pero las más frecuentes son problemas de conducta, problemas psiquiátricos y bajo rendimiento escolar (Scarr y Weinberg, 1994), así como retraso en el desarrollo (Palacios et al., 1996).

Otro de los problemas que se han estudiado en relación con las adopciones es que los padres adoptivos tienen una edad superior a la de los padres biológicos. Esto puede ser una explicación de la aparición de algunos de los problemas ocasionados por la falta de control de la conducta infantil, característica de los padres de más edad (Lipman et al., 1992).

Los cambios continuos de hogares eventuales parecen ser muy negativos para los niños en todos los aspectos de socialización y educación, y más cuando estos traslados se producen en edades precoces (Amato, 1993). A ello se añade la distorsión del cambio continuo de escuelas que empeora sensiblemente su adaptación escolar y por lo tanto la adaptación social futura de estos niños (Lines, 1992).

Los niños que pasan de las instituciones a hogares eventuales parecen tener significativamente más problemas de conducta y menor rendimiento escolar comparados con los niños que viven con sus familias y han tenido ayuda de trabajadores sociales (Colton et al., 1995). Este dato se repite una y otra vez y se añaden otros como el menor nivel de empleo de los sujetos que en la niñez han sido educados en hogares de acogida.

Dentro de los niños que crecen sin familia están los niños de la calle o sin hogar, que constituyen un submundo de gran dureza del que pocos salen incólumes. Los estudios de este tipo de población muestran que los problemas de conducta de todo orden son más frecuentes en esta población (Schimth et al., 1995).

RESUMEN

Tomando en consideración todo lo expuesto se puede mantener que la estructura familiar formada por una pareja estable, compuesta por los dos padres biológicos, es la que tiene una mayor probabilidad de obtener una educación adaptativa de los hijos (McLanahan y Sandefur, 1994; Thomson et al., 1994; Haurin, 1992). Hay muchos trabajos que muestran comparaciones en adaptación social de hijos de diversas estructuras familiares, y sistemáticamente las organizaciones con dos padres biológicos salen mejor paradas (Featherstone et al., 1993). Si se tuviesen que ordenar las estructuras familiares por orden de probabilidad de influencia positiva en la educación de los hijos sería posiblemente así:

1. Familia con 2 padres biológicos.
2. Parejas que cohabitan con hijos.
3. Familia con 2 padres adoptivos sin hijos biológicos.
4. Familia de 2 padres adoptivos con hijos biológicos.
5. Familias formadas por dos personas del mismo sexo.
6. Madre con hijos casada con varón sin hijos.
7. Padre con hijos casado con mujer sin hijos propios.
8. Padre con hijos y madre con hijos.
9. Madre sola con abuelos.
10. Abuelos solos.
11. Madre sola.
12. Padres eventuales.
13. Emplazamientos múltiples o institucionalización.

Naturalmente estamos sólo ante un orden de probabilidad que está relacionado con múltiples factores personales y sociales que interaccionan mutuamente con diferentes resultados.

Los distintos factores que hemos contemplado no actúan de una manera homogénea, sino que tienen distinto impacto en función de las circunstancias en las que se producen.

En general se puede afirmar que lo importante de una familia es su función y no su estructura. Empíricamente se ha comprobado que unas estructuras familiares son más proclives a fomentar las condiciones que garantizan una buena crianza, pero cualquier tipo de estructura puede llegar a educar bien o mal a un niño.

Las condiciones de crianza que aseguran los mejores resultados educativos son:

- Estabilidad y armonía de la estructura familiar.
- Implicación alta de los padres en la educación de los hijos.
- Comunicación fluida padres-hijos.
- Actividad compartida con los hijos.
- Alto nivel educativo de los padres (fundamentalmente de la madre).
- Nivel económico adecuado.
- Número de hijos.
- Supervisión continuada de los hijos.
- Calidad de las relaciones matrimoniales.
- Apoyo familiar.
- Apoyo de amigos.

Cualquier estructura que reúna estas condiciones tiene una mayor garantía de llevar a cabo adecuadamente la compleja tarea de la educación, y de hecho se ha comprobado que parejas no convencionales y con estabilidad y coherencia adecuadas logran adaptaciones similares a la de los padres biológicos (Weisner y Garnier, 1992), aunque parece que, estadísticamente hablando, las parejas con hijos biológicos son las que reúnen mejores condiciones, puesto que tienen más oportunidades para producir un modelo más plural, armónico y un mejor apoyo emocional, para atender a los hijos en sus necesidades de información, orientación y supervisión.

Por el contrario, si la pareja de padres biológicos tiene fuertes desavenen-

cias, descuida el control de sus hijos y no está implicada emocionalmente con ellos, puede generar el mismo tipo de desadaptación social que los hogares cuya estructura facilita la aparición de conductas desadaptadas.

REFERENCIAS

Achenbach, T.M., Howell, C. T. y McConaughy, S. (1995). Six-year predictors of problems in a national sample of children and Youth: II. Signs of disturbance. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 34, 488-498.

Acock, A. y Kiecolt, K. (1989). Is family structure or socioeconomic status?. Family structure during adolescence and adult adjustment. *Social Forces*, 68, 553-571.

Allen, K.R. y Dcmo, D.H. (1995). The families of lesbians and gay men: a new frontier in family research. *Journal of Marriage and the Family*, 57, 111-127.

Allison, P.D. y Furstenberg, F.F.Jr. (1989). How marital dissolution affects children: variations by age and sex. *Developmental Psychology*, 25, 540-549.

Amato, P. y Booth, A. (1991). Consequences of parental divorce and marital unhappiness for adult wellbeing. *Social Forces*, 69, 895-914.

Amato, P. (1993). Children's adjustment to divorce: theories, hypothesis, and empiri-

- cal support. *Journal of Marriage and the Family*, 55, 23-38.
- Aquilino, W.S. (1990). The likelihood of parent-adult child coresidence: effects of family structure and parental Characteristics. *Journal of marriage and the Family*, 52, 405-419.
- Aquilino, W.S. (1994). Impact of childhood family structure on youth adults relationship with parents. *Journal of Marriage and the Family*, 55, 999-1010.
- Aquilino, W. S. (1996). The life course of children born to unmarried mothers: childhood living arrangements and young adult outcomes. *Journal of Marriage and the Family*, 58, 293-210.
- Bahr, S.J., Marcos, A. C. y Maughan, S.L. (1995). Family, educational and peer influences on the alcohol use of the female and male adolescents. *Journal of Studies on Alcohol*, 56, 457-469.
- Bandura, A (1977). *Social learning theory*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Bandura, A., Barbaranelli, C., Caprara, G.V. y Pastorelli, C. (1996). Multifaceted impact of self-efficacy beliefs on academic functioning. *Child Development*, 67, 1206-1222.
- Barbarin, O.A. y Soler, R.E. (1993). Behavioral, emotional and academic adjustment in a rational probability sample of African American children: effects of age, gender, family structure. *Journal of Black Psychology*, 19, 423-446.
- Baumrind, D. (1971). Current patterns of parental authority. *Developmental Psychology Monograph*, 4, 1-103.
- Beer, W.R. (1988) (Ed.). *Relative strangers: studies of stepfamily processes*. Totowa, NJ: Rowman y Littlefield.
- Belsky, J. (1990). Parental and nonparental child care and children's socioemotional development: a decade review. *Journal of Marriage and the Family*, 52, 885-903.
- Bernstein, G. A. y Borchardt, C.M. (1996). School refusal: Family constellation and family functioning. *Journal of Anxiety Disorders*, 10, 1-19.
- Bowlby, J. (1958). The nature of the child's tie to his mother. *International Journal of Psycho-Analysis*, 39, 350-373.
- Borgman, R. (1982). Consequences of open and closed adoption for older children. *Child Welfare*, 61, 217-226.
- Bragado, C. (en prensa). *Behavioral anxiety, depressive and elimination disorders in children and adolescents: prevalence, comorbidity and risk factors in a clinical population*.
- Brody, G.H. (1996). Parental religiosity, family processes, and rural competence in rural, two parent African American families. *Developmental Psychology*, 32, 696-706.
- Bronfenbrenner, U. (1979). *The ecology of human development: experiments by nature and design*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

- Brown, L.S. (1989). New voices, new visions: toward a lesbian/gay paradigm for psychology. *Psychological of Women Quarterly*, 13, 445-458.
- Chen, Ch., Lee, Sh. y Stevenson, H.W. (1996). Long-Term prediction of academic achievement of American, Chinese and Japanese adolescents. *Journal of Educational Psychology*, 18, 750-759.
- Cherian, V.I. (1994). Relationship between parental aspiration and academic achievement of Xosa children from broken and intact families. *Psychological Reports*, 74, 835-840.
- Cherlin, A.J. (1978). Remarriage as an incomplete institution. *American Journal of Sociology*, 84, 634-650.
- Colton, M., Heath, A. y Aldgate, J. (1995). Factors which influence the educational attainment of children in foster family care. *Community Alternatives International Journal of Family Care*, 7, 15-36.
- Cooksey, E. C. y Fondell, M.M. (1996). Spending time with his kids: effects of family structure on fathers' and children's lives. *Journal of Marriage and Family*, 58, 693-707.
- Costello, C.G. (1972). Depression: Loss of reinforcers or loss of the reinforcer effectiveness?. *Behavior Therapy*, 3, 240-247.
- Cox, M.J. y Paley, B. (1997). Families as systems. *Annual Review of Psychology*, 48, 243-267.
- Cummings, E. M. y Davies, P.T. (1994). *Children and marital conflict: the impact of family dispute and resolution*. New York: Guilford Press.
- Dornbusch, S.M., Ritter, Ph. L., H. Leiderman, Roberts, D.F. y Fraleigh, M.J. (1987). Relation of Parenting Style to adolescent school performance. *Child Development*, 58, 1244-1257.
- Downey, D. B. (1995). When bigger is not better: Family size, parental resources, and children's educational performance. *American Sociological Review*, 60, 746-761.
- Downey, D. B. (1994). The school performance of children from single-mother and single-father families: Economic or interpersonal deprivation?. *Journal of Family Issues*, 15, 129-147.
- Emery, R. E. (1988). *Marriage, divorce, y children's adjustment*. Newbury Park: CA: Sage.
- Emery, R.E., Fincham, F.D. y Cummings, E.M. (1992). Parenting in Context: systemic thinking about parental conflict and its influence on children. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 60, 909-912.
- Featherstone, D.R., Cundick, B.P. y Jensen, L.C. (1993). Differences in school behavior and achievement between children from intact, reconstituted and single-parent families. *Family Therapy*, 20, 37-48.
- Finn, J.D. y Owings, M.F. (1994). Family structure and school performance in eighth grade. *Journal of Research and Development in Education*, 27, 176-187.
- Fontaine, A. M. (1994). Achievement motivation and child rearing in different social

- contex. *European Journal of Psychology of Education*, 9, 225-240.
- Furstenberg, F. F. (1987). The new extended family: the experience of parents and children after remarriage. En K. Pasley y M. Ininger-Tallman (Eds.), *Remarriage and stepparenting: current research and theory*. Chicago: University of Chicago Press.
- Furstenberg, F.F. y Spanier, G.B. (1989). *Recycling the family: remarriage after divorce*. Beberly Hill, CA: Sage.
- Golombok, S., Spencer, A. y Rutter, M. (1983). Children in lesbian and single-parent households: psychosexual and psychiatric appraisal. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 24, 551-572.
- Gringlas, M. y Weinraub, M. (1995). The more things change...: Single parenting revisited. *Journal of Family Issues*, 16, 29-52.
- Haurin, R.J. (1992). Patterns of childhood residence and the relationship to young adult outcomes. *Journal of Marriage and the Family*, 54, 846-860.
- Hetherington, E.M., Cox, M. y Cox, R. (1979). Play and social interaction in children following divorce. *Journal of Social Issues*, 35, 26-49.
- Hetherington, E.M., Cox, M. y Cox, R. (1985). Long term effects of divorce and remarriage on the adjustment of children. *Journal of the American Academy of Child Psychiatry*, 24, 518- 530.
- Hetherington, E. M., Stanley Hagan, M. y Anderson, E. (1989). Marital transitions: a child's perspective. *American Psychologist*, 44, 303-312.
- Hetherington, E.M. (1992). Coping with marital transitions: a family system perspective. En M.E. Hetherington y Clingempeel, W.G. (Eds.). *Coping with marital transitions. Monograph Social Research and Child Development*, 57, (2-3, ser, N0, 227). Chicago: University Chicago Press.
- Hetherington, E.M. y Parke, R.D. (1993). *Child Psychology*. New York: McGraw-Hill.
- Hodges, V.F. y Bloom, B.L. (1984). Parent's report of children's adjustment of marital separation: a longitudinal study. *Journal of Divorce*, 8, 33-50.
- Johnston, C. (1996). Parent characteristics and parent-child interactions in families of nonproblem children and ADHD children with higher and lower levels of oppositional-defiant behavior. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 24, 85-104.
- Kaslow, F. W. (1996) (Ed.). *Handbook of relational diagnosis and disfunctional family patterns*. New York: Wiley.
- Kirkpatrick, M., Smith, C. y Roy, R. (1981). Lesbian mothers and their children: a comparative survey. *American Journal of Orthopsychiatry*, 51, 545-551.
- Lines, S. (1992). Educational disadvantage in primary school: children living in temporary acomodation. *Support for Learning*, 7, 8-13.
- Lipman, E.L., Offord, D.R. Racine, Y.A. y Boyle M.H. (1992). Psychiatric disorders in adopted children: a profile from Ontario

- Child Health Study. *Canadian Journal of Psychiatry*, 37, 627-633.
- Lyons, T. A. (1983). Lesbian mothers' custody fears. *Women and Therapy*, 2, 231-203.
- Maccoby E.E. y Martin, J. A. (1983). Socialization in the context of the family: Parent-child interaction. En E.M. Heterington (Ed.), *Handbook of child psychology* (4th.). New York: Wiley.
- MacDonald. W.L. y DeMaris, A. (1995). Remarriage, stepchildren, and marital conflict: challenges to the incomplete institutionalization hypothesis. *Journal of Marriage and the Family*, 57, 387-398.
- Martin, T.C. y Bumpass, L.L. (1989). Recent trends in marital disruption. *Demography*, 26, 37-51.
- McLanahan, S. y Sandefour, G. (1994). *Growing up with a single parent: what helps, what hurts*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Menuchin, S. (1974). *Family and family therapy*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Miller, B. (1979). Gay fathers and their children. *Family Coordinator*, 28, 544-552.
- Moreno, A. (1995). Familias monoparentales. *Infancia y Sociedad*, 30.
- Mulkey, L.M., Crain, R.L. y Harrington, A.J. (1992). One-parent households and achievement: economic and behavioral explanations of a small effect. *Sociology of Education*, 65, 48-65.
- Musitu, G. y Allatt, P. (1994). *Psicosociología de la familia*. Valencia: Ed. Albatros.
- Olson, D., Bell, R. y Portner, J. (1982). *FACES II*. St. Paul: University of Minnesota.
- Palacios, J., Sanchez, Y. y Sánchez, E.M. (1996). La adopción en Andalucía. *Apuntes de Psicología*, 48, 9-26.
- Parke, R.D. (1990). In research of fathers. En I.E. Sigel y G.H. Brody (Eds.). *Methods of family research: normal families*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Patterson, Ch. J. (1992). Children of lesbian and gay parents. *Child Development*, 63, 1025-1042.
- Peng, S.S. y Wright, D. A. (1994). Explanation of academic achievement of Asian American students. *Journal of Educational Research*, 87, 346-352.
- Pons, G. y del Barrio, V. (1993). Depresión infantil y divorcio. *Avances en Psicología Clínica Latinoamericana*, 11, 95-106.
- Pons, G. y del Barrio, V. (1995). El efecto del divorcio sobre la ansiedad de los hijos. *Psicothema*, 7, 3, 489-497.
- Ramirez, M., de Luis, P. e Ibañez, V.J. (1994). Percepciones parentales en los niños de familias separadas. *Anuario*, 25-41.
- Roa, L y del Barrio, V. (1998). Aspectos demográficos, hábitos de crianza y problemas infantiles. Comunicación que será presentada en el V Congreso de Evaluación Psicológica. Málaga.

- Rutter, M. (1994). Family discord and conduct disorder: cause, consequence or correlate?. *Journal of Family Psychology*, 8, 170-186.
- Scarr, S. y Weinberg, M. (1994). Educational and occupational achievements of Brothers and sisters in adoptive and biologically related families. *Behavior Genetics*, 24, 301-325.
- Simons, R. L., Whitbeck, L.B., Beaman, J. y Conger, R.D. (1994). The impact of mothers' parenting, involvement by nonresidential fathers and parental conflict on the adjustment of adolescent children. *Journal of Marriage and the Family*.
- Solomon, J. y Marx, J. (1995). "to grandmothers's house we go": Health and school adjustment of children raised solely by grandparents. *The Gerontologist*, 35, 386-394.
- Sommer, B. y Nagel, S. (1991). Ecological and typological characteristics in early adolescent truancy. *Journal of Early Adolescence*, 11, 379-392.
- Stice, E. y Barrera, M. (1995). A longitudinal examination of the reciprocal relations between perceived parenting and adolescents' substance use and externalizing behaviors. *Developmental Psychology*, 31, 322-334.
- Thomas, G., Farrell, M.P. y Barnes, G.M. (1996). The effect of single-mother families and nonresident fathers on delinquency and substance abuse in black and white adolescents. *Journal of Marriage and the Family*, 58, 884-894.
- Thomson, E., McLanahan, S.S. y Curtin R.B. (1992). Family structure, gender, and parental socialization. *Journal of Marriage and the Family*, 54, 368-378.
- Thomson, E., Hanson, T.L. y McLanahan, S.S. (1994). Family structure and child well-being: economic resources versus parental behaviors. *Social Force*, 73, 221-242.
- Updegraff, K.A., McHale, S.M. y Crouter, A. C. (1996). Gender roles in marriage: What do they mean for girls' and boys' school achievement?. *Journal of Youth and Adolescence*, 25, 73-88.
- Watts, D. S. y Watts, K.M. (1991). The impact of female-headed single parent families on academic achievement. *Journal of Divorce and Remarriage*, 17, 79-114.
- Weisner, T.S. y Garnier, H. (1992). Non-conventional family life-styles and school achievement: a 12 year longitudinal study. *American Educational Research Journal*, 29, 605-632.
- Weiss, L.H. y Schwarz, J.C. (1996). The relations between parenting types and older adolescents' personality and academic achievement, adjustment and substance use. *Child Development*, 67, 2101-2114.
- Weist, M.D., Freedman, A. H. et al. (1995). Urban youth under stress: Empirical identification of protective factors. *Psychological Reports*, 24, 701-721.
- White, L.K. y Booth, A. (1985). The quality and stability of remarriages: the role of stepchildren. *American Sociological Review*, 50, 689-698.

White, L.K. y Rogers, S.T. (1997). Strong support but uneasy relationships: coresidence and adult children's relationships with their parents. *Journal of Marriage and the Family*, 59, 62-76.

Woodworth, S., Belsky, J., y Crnic, K. (1996). Determinants of fathering during the child's second and third years of life: a developmental analysis. *Journal of Marriage and the Family*, 58, 679-692.

